

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 207.

Alicante 14 de Noviembre de 1874.

Año V.

LOS ESPAÑOLES. (1)

—¿Qué papel es ese que lees con tanta atención?

—Un papel dirigido *A los españoles*.

—Entonces me toca una parte, puesto que á español nadie me gana. Por consiguiente, lee en alta voz, ó dame el papel.

—Escucha. (Leyendo); «Compatriotas: ya lo veis, nuestra España querida, ayer la reina de dos mundos, hoy desgarrada y cubierta de miseria y ahogándose en la sangre de sus hijos, yace sola...»

—¿Sola? ¡Ojalá no anduviese tan mal acompañada como anda con esos advenedizos que la perturban y corrompen! Concluye la cláusula.

—No hay más: acaba en puntos suspensivos.

—Sin duda se le suspendió el discurso al autor.

—Veamos la cláusula siguiente: «Todos los pueblos tienen la mirada fija en

(1) La importancia y trascendencia de este artículo de *La España Católica*, en que se impugnan errores que continuamente se están propalando con grave detrimento de la Religión y de la verdad histórica, nos mueve á darle preferente publicidad.

» ella; pero no como en los pasados tiempos, para admirarla ó tenerla envidia, sino para escarnecerla y aumentar su ya estremada desolación unos, y otros para lamentar con inútil endecha su decadencia, que con vertiginosa rapidez avanza, sin que nadie pueda ponerle dique, ni mostrarnos siquiera el negro fondo del abismo hácia donde nos vamos precipitando.»

—Tiene razón que le sobra el retórico. Al paso que vamos, no tardarán en repartirse nuestros despojos las mismas naciones que un día para mirarnos se ponían de rodillas. ¡Pobre España!

—Calla, calla. Ahora viene la idea más peregrina; oye. «Y lo más desconsolador es, que los mismos seductores que, al terminar la Edad Media y principiar la Reforma, la precipitaron en tan lamentable fanatismo, hoy son los que más cruelmente la escarnecen.»

—¿Cómo! ¿Nuestra decadencia data del fin de la Edad Media?

—Así lo dice el papel.

—Esto no es peregrino, sino simplemente absurdo. El siglo más glorioso para España, el llamado por antonomasia Siglo Español, porque llevaba la primacía en la virtud, en las letras, en las armas y en la política, es el siglo que siguió inmediatamente al fin de la Edad Media:

en él fué reconquistada Granada, ganado Oran, descubierto y civilizado el Nuevo Mundo, edificados San Juan de los Reyes, el Escorial y otros muchos monumentos tan bellos como grandiosos, engrandecido nuestro lenguaje, imponente nuestra política, nuestras banderas paseadas en triunfo casi por toda Europa, y el sol rindiendo al poderio español un vasallaje que ni al imperio romano habia prestado, no se ponía jamás en nuestros dominios. La Edad Media se acabó, según el cómputo comun de todos los historiadores, en 1453, y en Enero de 1492 España reconstituye su poderosa unidad, venciendo á Boabdil que lloraba como una mujer al huir de la vista de nuestros soldados vencedores; poco despues, el Cardenal Cisneros vencía á los moros en la misma Africa: Colon, despreciado por todas las córtes, recorría los mares desconocidos amparado por la bandera española; Hernan Cortés y Pizarro conquistaban imperios cada dia; D. Juan de Austria cortaba para siempre en Lepanto el curso de las invasiones turcas; Salamanca enviaba matemáticos á Paris y á otras Universidades extranjeras; nuestros Obispos llevaban la voz en el Concilio de Trento, y Felipe II, achacoso y maltrecho, dirigía desde su modesto cuarto del Escorial la política del mundo. ¿Eran la grande Isabel, el gran Cisneros, Cárlos V, Felipe II, D. Juan de Austria, el Padre Marchena, etc., los seductores que precipitaron á España en el camino de su ruina? ¿Cómo?

— Ya lo dice aquí: «Le arrebataron la Santa Biblia, única razon y sancion del Cristianismo, arrojándola así en la senda de sus extravios, y ahora.....»

—Basta. Hay en tan pocas palabras una mentira y una heregia. ¿Quién se atreve á decir que le arrebataron la Biblia? ¿Es español quien lo dice? ¿Sabe leer? ¿Ha leído nuestra historia? El Cardenal Cisneros emprendió y llevó á cabo en ese siglo la edicion mas magnífica de la Biblia que el mundo ha visto, la edicion llamada *políglota complutense*, ó de Alcalá de Henares, para cuya composicion reunió á los principales sábios españoles y extranjeros, gastando en ella muchos años y 50,000 escudos de oro. ¡Empresa colosal que solo un español y un religioso podia acometer! Felipe II, en el mismo siglo, enviaba comisionados á todas partes en busca de libros, y hacia la *Biblia Régia*, única comparable con la de Cisneros. De modo, que los trabajos más notables hechos desde Origenes para dar á conocer la Biblia fueron hechos por españoles, en ese siglo de glorias que el autor del papelucho llama principio de nuestra decadencia. Esa es la mentira.

—¿Y la heregia?

—La heregia consiste en decir que la Biblia es la única razon y sancion del Cristianismo. La razon y sancion del Cristianismo es Dios, cuya palabra solo en parte está contenida en la Biblia; pues Nuestro Señor Jesucristo enseñó siempre con el ejemplo y la palabra, y los Apóstoles no escribieron nada hasta muchos años despues de fundada la Iglesia, haciendo entonces, no una historia completa, sino una narracion de las cosas principales de la vida del Señor, según la exigian las malas artes de los herejes y las necesidades de los fieles.

—Oye, oye: «Traicion, compatriotas,

»traición nos hicieron y nos hacen los
»que nos hablan de Dios y no ajustan la
»educacion religiosa á la Biblia, única
»ley y voluntad expresa de nuestro Cria-
»dor; los que nos hablan de Jesucristo y
»nos quitan su Evangelio, y esto para
»darnos libros tales como la tristemente
»famosa *Llave de oro*.» ¿Quiénes serán
estos traidores?

—Tú debes de saberlo, puesto que
eres español, y el papelucho habla á to-
dos los españoles. ¿Quiénes te han quita-
do á tí el Evangelio?

—Nadie. Dos ejemplares tengo de dis-
tinta edicion, ambas hechas por es-
pañoles, y sé que podria tener cincuenta
ó ciento, sin que nadie se meta por esto
conmigo. Pero la *Llave de oro*, ¿qué es?

—¿No lo sabes? ¿No te la han dado al
quitarte el Evangelio?

—Nadie me ha quitado el Evangelio,
ni nadie me ha dado la *Llave de oro*.

—A mí tampoco. Por consiguiente,
ese papel miente torpe y desvergonza-
damente.

—Mas abajo repite lo mismo. Oye:
»Mirad que el sacerdocio os esconde
»aquel libro de Dios, para poder soste-
»ner ese su pretendido derecho divino.»

—El autor no tiene vergüenza ni sen-
tido comun. ¿En dónde está el sacerdocio
que esconde el libro de Dios? ¿No está
de manifiesto en todas las bibliotecas y en
todas las librerías? ¿No se lee diariamen-
te en todas las Iglesias? ¿No puede com-
prarlo y tenerlo cualquiera? Y ¿no están
en ese libro aquellas palabras de Nuestro
Señor Jesucristo: *Quien á vosotros os oye,*
á mí me oye; quien os despreciare á vos-
otros, me desprecia á mí (*Luc.*, X, 16);

—*las cosas que ligáreis en la tierra se-*

rán ligadas en el cielo; las que desatáreis
en la tierra serán desatadas en el cielo
(*Mat.*, XVIII, 18)? Si los Sacerdotes
mirasen solo á su interés, ¿no lo tendrían
en que estos pasajes del Evangelio sean
de todo el mundo conocidos?

—El caso es que siguiendo las reglas
de este papelucho, los predicadores no
deberían hacer otra cosa que repartir
Biblias á diestro y siniestro, y quemar
todos los demás libros que traten de re-
ligion y moral, y los púlpitos y cátedras
en que se expliquen.

—Es claro.

—Y, sin embargo, sus autores anun-
cian explicaciones en cuatro puntos dis-
tintos de Madrid. Una de dos: ó no ne-
cesitamos de explicacion para entender
la Biblia, en cuyo caso esos señores que
nos ofrecen *estudios* sobre ella invitándo-
nos á escucharles, se ponen delante de
Dios, ó necesitamos realmente de expli-
cacion, en cuyo caso cuanto dicen del
Clero católico debe de ser efecto de am-
bicion y de envidia.

—Tu argumento no tiene vuelta.

—»Traición, compatriota, traición,
»nos hicieron y nos hacen los que nos
»hablan de Dios y no ajustan la educa-
»cion religiosa á la Biblia.» Este escritor
no sabe escribir en castellano, pues la
palabra *traidor* significa otra cosa muy
diferente de lo que aquí se le atribuye.

—El nombre de traidor podria apli-
carse con grande probabilidad de acierto
á algunos maestros que, habiendo debido
enseñar conforme á la Biblia por la regla
que profesaban, enseñan ahora de dis-
tinto modo, asegurando, como lo afir-
maban antes, que ajustan su educacion
á la Biblia; porque ó antes no se ajusta-

ban á la Biblia, ó no se ajustan ahora, de donde se deduce que ántes engañaban al público ó ahora quieren engañarle.

—Dirán que el «Espíritu Santo» les inspira.

—¡Vaya un Espíritu Santo como el que inspira á esta gente, enseñándoles un día una cosa y al otro la contraria! ¿Será que ese Espíritu, ciertamente no santo, muda de pensar con los años, ó será que se divierte embromando á sus secuaces?

—No sé; pero la historia enseña que el espíritu guiador de los hereges varía de pensar con frecuencia, sea por debilidad de su entendimiento ó por malicia de su voluntad. En la Biblia se dice que Dios no se muda (Mal. III, 6), y es claro que siendo quien es, no puede mudarse; por consiguiente, el espíritu de los hereges no puede ser divino.

—Ni divino ni santo, puesto que no inspira á los suyos obras santas.

—Ándate con tiento en hablar de esto.

—Hablo con la historia. Ningun herege se salió jamás de la Iglesia para ser mas caritativo ó mas mortificado; Sacerdotes cansados del celibato eclesiástico, frailes cansados de la regla, pecadores avergonzados pero no arrepentidos; hé aquí lo que fueron los hereges de todos los tiempos, incluso los del nuestro. Estaban con nosotros, pero no eran de nosotros, y al salir de la Iglesia la dejaron mas limpia que estaba con ellos. Algunos hubieron de ser arrojados de sus respectivas congregaciones por el mal nombre que les traian y el escándalo que ocasionaban á los fieles.

—Despues de enviarlos á tomar aires por algun tiempo.

—Despues de probar todos los medios de convertirlos.

—A mas de uno conozco yo que se encuentra en este caso.

—Tales son los predicadores y santos de la heregia.

—¡Hombre! ¿Qué quieren decir estas palabras del papel? Oye: «Sacerdotes....» que pretenden orgullosos guiar la conciencia de todos y monopolizar el amor purísimo de la mujer y por ella el nuestro.»

—Lo de guiar la conciencia lo comprendo. Los Sacerdotes católicos la guian para cumplir su deber, lo cual no prueba ningun orgullo; lo de *orgullosos* solo es aplicable á esos otros Sacerdotes *neocristianos* ó malos cristianos, que pretenden guiar á todos confesando que no tienen mision divina, lo cual es el colmo del orgullo y de la vanidad. Los Sacerdotes católicos procuran dirigir el amor del hombre y de la mujer á Dios, á quien solamente es debido todo honor y gloria; los Sacerdotes hereges procuran monopolizar el dinero del hombre y el amor de la mujer, pero no el amor purísimo sino el amor carnal, á hurtadillas de Dios y de los maridos; así puede entenderse este pasaje tan oscuro como sucio.

—Dice. «Y por ella el nuestro.»

—Dejemos esto que causa náuseas. ¿Qué quieres de un hombre que se confiesa en letras de molde capaz de ser arrastrado por el amor de una mujer?

—Lo mejor nos dejábamos, amigo mio.

—Pues ¿qué más hay?

—Dice aquí que debemos aprender á ser cristianos «en donde lo aprendieron nuestros santos padres los Osios,

» los Leandros é Isídoros, los Ildefonso
» y Eladios, y áun los fray Luis de Leon
» y Teresa de Jesús.»

— ¡Jesús María! Tiene razon; pero eso
estamos haciendo los católicos; quienes
no lo hacen son los autores del papelu-
cho. ¿Sabria decirnos alguno de ellos
cuándo Osío, San Leandro, San Isidoro,
San Ildefonso y San Eladio, exactísimos
cumplidores de su regla y defensores de
la disciplina eclesiástica, sacaron alguna
monja del convento, sedujeron alguna
maestra de niñas ó alguna estanquera
confesada suya, como lo han hecho Lu-
tero y otros hereticos? ¿Cuándo el
tierno cantor de la Virgen fray Luis de
Leon habló en contra del culto de la Ma-
dre de Dios? ¿En dónde Santa Teresa de
Jesús vituperó la confesion Sacramental
ó dijo algo favorable al quebrantamiento
de los votos religiosos? ¿Citar á Santa
Teresa de Jesús, á la insigne escritora
devotísima de la Iglesia, á la enemiga de
la heregia protestante, á la estrechísima
religiosa, los que han quebrantado sus
votos, adoptan un protestantismo nuevo
peor que el antiguo y apostatan de la
Santa Iglesia!

— Muchas cosas estrañas he visto, pe-
ro ninguna hasta ahora tan ridícula como
esta. Por fuerza estos hombres, al per-
der la fé, han perdido tambien el juicio.

— Supongo que los autores del papel
serán esos infelices Sacerdotes que no
se averguenzan de su apostasia.

— Los mismos. Ahí están sus nom-
bres.

— Solamente ellos podrian escribir
tales errores y absurdos. Dios les ilu-
mine.

GARTA DEL SEÑOR OBISPO DE ORLEANS
al señor Minghetti.

(CONCLUSION.)

El obispo de Orleans trata despues un
punto más grave todavía, el de las ame-
nazas hechas á la propaganda:

«*Euntes docete omnes gentes*, ha dicho
Cristo á sus apóstoles al separarse de
ellos. El Papa es, si asi puedo decirlo, el
ejecutor testamentario de esta última y
gran palabra de Jesucristo.

¿Cómo admitir que el Soberano Pon-
tifice pueda estar sin una casa de propa-
ganda católica?

Atraer á la fé y á la civilizacion cris-
tiana á los pueblos bárbaros que ocupan
todavia partes lejanas del globo, tal ha
sido siempre el derecho y el deber de la
Iglesia. Asi ha llevado la fé evangélica
hasta las extremidades de la tierra y
abierto al mismo tiempo á todas las na-
ciones, en el interés mismo de su rique-
za, de su consideracion y de su política,
relaciones que les son infinitamente pre-
ciosas.

Si, pues, existe una obra admirable,
eminentemente cristiana y civilizadora,
¿no es, por ventura, la obra de las mi-
siones? Es la gloria inmortal de la Iglesia
católica, en la que no cesa de trabajar
con un celo infatigable, suscitando en su
seno los apóstoles por millares. ¿Dónde
no están hoy? ¿Qué climas abrasadores ó
helados los detienen? Qué fatigas, qué
peligros, qué saplicios les asustan? En
todas partes donde abordan nuestros via-
jeros, nuestros comerciantes, nuestros
cónsules, los misioneros les han precedi-
do y les abren los caminos. Mas de dos-
cientas diócesis hay organizadas á estas

fechas en los países de las misiones. Yo me siento orgulloso por Francia al pensar que mas de mil quinientos misioneros franceses, sin contar nuestras heróicas hermanas de la Caridad, trabajan en este momento para propagar el Evangelio.

Pues bien, ¿quién organiza y dirige todas estas misiones? Esa gran congregacion romana es lo que se llama la Propaganda; la Propaganda, que yo definiria diciendo que es el ministerio de las misiones católicas; la primera y, por consiguiente, la mas indispensable de las administraciones, por medio de las cuales el Papa gobierna la Iglesia universal.

Ella rige, por sus vicarios apostólicos, todas las comarcas donde la jerarquia católica no existe ó no se ha constituido aún regularmente; de ella dependen todos los establecimientos de mision, de hombres y de mujeres, dispersos en Oriente, en la India, en Africa, en América y en las islas de la Oceania: todo el clero regular y seglar que bajo uno ú otro nombre propaga las conquistas religiosas, las consolida, las administra, de ella depende también. Es tan cierto que la Propaganda es una institucion de apostolado, no local, sino del mundo entero, que no recibe alumnos de nacionalidad italiana; cuantos se forman en su escuela tienen que volver á las órdenes, de origen y de países diversos, que los envian.

Tal es la Propaganda, de todas las congregaciones romanas, lo repito, la mas grande y la mas indispensable. ¿Y sobre esta institucion, señor ministro, es sobre la que el gobierno italiano no teme poner la mano?

Ya le ha dado, como á las misiones católicas, un golpe profundo desorgani-

zando las órdenes religiosas, de donde salian los misioneros.

Pero ahora es á esta congregacion de la Propaganda directamente á la que no teme atacar el gobierno italiano: la ley que somete todos los bienes de las instituciones conservadas á la conversion de la renta italiana parece como que el gobierno italiano quiere aplicarla á la misma Propaganda; esto es, señor ministro, hierla de muerte.

Tiene su palacio, construido en tiempo de Urbano VIII, dentro del cual están sus oficinas, sus archivos, un colegio particular, ademas de los que, segun llevo dicho, dependen de ella; su inmensa imprenta para todas las lenguas y dialectos del mundo; ¿dónde ha de instalar, pues, la Propaganda todas esas cosas así que la echeis de su palacio? Con sus casas de Ronia y con los bienes que posee en el Estado pontificio es con lo que atiende á sus gastos; pero ¿qué de pérdidas no habrá de sufrir con la depreciacion inevitable de esas propiedades, á causa de la venta forzosa y en un plazo perentorio!

Posee de catorce á quince millones en bienes raices, que dan una renta de setecientos á ochocientos mil francos. ¿Son, por ventura, señor ministro, esos millones los que vais buscando? ¿Envidiais acaso ese capital á las cristiandades lejanas, y á esos pobres y heróicos misioneros, que todo lo han abandonado para ir á plantar la cruz en tierra de infieles? ¿Creeis quizá que es un capital escesivo para la obra inmensa y magnífica de apostolado y civilizacion que está haciendo la Propaganda?

¿Cuánto da Inglaterra cada año para

las misiones protestantes? Veinte millones. ¿Y Rusia para los misioneros del cisma? Cuatro millones. La Propaganda dispone para la difusión del Evangelio de un millón escaso: ¡y os atreveríais á echar mano de esos recursos sagrados á los ojos de la humanidad y de la religión!

¡Cómo! ¿teneis en Roma un tal foco de civilización y de luz, el centro mismo del gran apostolado católico, una institución que envía misioneros del Evangelio, es decir, de la civilización, á todas partes; que ha prestado y presta todos los días á la diplomacia europea, al comercio, á las letras, á las ciencias, tantos servicios, y no estais orgullosos de tanta honra, y no sentís el deseo de conservar tan glorioso privilegio, y no os importa el tocar á semejante institución? Eso sería deshonoroso, no solamente á los ojos de los pueblos cristianos, sino de toda nación civilizada.»

El señor obispo de Orleans dedica unas cuantas frases á la guerra declarada contra las instituciones científicas laicales, y despues de probar que el despojo de la Iglesia no ha enriquecido á Italia, y de patentizar la legitimidad de la propiedad eclesiástica, concluye en estos términos:

«Me detengo y concluyo.

Cierto que estoy muy léjos de haberlo dicho todo acerca de la expoliación y la opresión de la Iglesia en Roma y en Italia; sin embargo, si en algun detalle, señor ministro, hubiera sido inducido á error, estoy dispuesto á reconocerlo y á confesarlo públicamente; no quiero sino la verdad. Pero el conjunto del cuadro que he trazado no dejaría de subsistir, y basta para demostrar el fundamento de

las quejas del Padre Santo en su última encíclica:

«Con una criminal habilidad se nos han quitado poco á poco todos los medios y auxilios que nos hacían posible el gobierno de la Iglesia universal. ¿Quién no ve claramente hoy cuán falsa es la afirmación de que, con la usurpación de nuestra capital, la libertad del Pontífice Romano en el ejercicio de su poder espiritual y en sus relaciones con el universo católico no se ha aminorad.»

Ante esta dolorosa realidad me siento asaltado de mil pensamientos; pero nos es preciso dominarlos, puesto que estamos en los tiempos en que, como ha dicho Tácito, el gemido siquiera es permitido: *Gemitus liber non fuit*. Mucho ménos libre todavía la reivindicación de los derechos imprescriptibles, por los que siempre hé combatido; pero queda imperecedera en el fondo de nuestras conciencias.

Las consecuencias de esta situación anormal del Papado no se han desenvuelto aun; pero ¿hay que esperar á que estallen todas? ¿Y qué talento, por poco perspicaz que sea, no puede entreverlas desde luego?

Si, hay un estado de cosas semejante, una causa de perturbación moral inmensa y permanente para el mundo. Los que no creen en el derecho de la fuerza, y que imaginan poder acabar fácilmente con el catolicismo, pueden afectar indiferencia y desden; pero los que saben el puesto que aún ocupan en la humanidad los destinos de la grande Iglesia católica y el Papa, que es su jefe supremo, y lo que pueden ser en un momento las re-

sistencias sagradas, la reclamacion invencible de las almas, esos no abrigan duda alguna acerca de los peligros inevitables que se corren dejando el Papado en una dependencia intolerable y sufriendo los intereses mas altos de los pueblos cristianos.

Es evidente, además, que ese antagonismo entre Italia y la Iglesia arroja á Italia de su camino, y que esa es una política tan contraria por lo menos á sus verdaderos intereses como á su historia, á su porvenir como á su pasado, y puedo añadir á los deseos de sus poblaciones, tan profundamente religiosas.

Si el Pontificado ha sido y continúa siendo, segun dijo el ilustre Rossi, la primera grandeza de Italia, el Pontificado é Italia no están hechos para vivir uno con otro en estado de guerra.

La historia, ó, por mejor decir, la Providencia, y esto lo proclama otro italiano ilustre, el elocuente Balbo, ha establecido entre sus respectivos destinos una solidaridad gloriosa inseparable.

El rompimiento actual es una deplorable aberracion, que pudiera ser mas fatal aun para Italia que para la Iglesia.

Asi se lo dice la voz de los sábios, se lo atestiguan los siglos y se lo profetiza el resultado definitivo de todas las luchas contra el Pontificado.

Que no lo olvide, pues, Italia, y que procure detenerse en la via por donde la precipita el vértigo revolucionario.

Que no lo olvide, no; porque las miradas de la Europa cristiana no podrán siempre, ni por mucho tiempo, dejar de fijarse en Roma y su Pontífice.

El dia en que las consecuencias extremas del estado á que se vé reducido el

Pontificado llegaran á manifestarse, ese dia, si la culpable é imprevisora Italia dejare ir las cosas por el camino que van, recogeria, aunque tarde, los frutos amargos de la política que hoy se complace en considerar como plausible.

Entonces Europa se acordaria de sus deberes para con el Pontificado, que no son distintos en el fondo de los que tiene para consigo misma.

Entonces, por voluntad ó por fuerza, habria que atender á la seguridad de las conciencias, á la turbacion de las almas, á la pacificacion religiosa; pero si se medita en la situacion dificil en que todos se encontrarían llegado ese caso; ¡cuánto mas cuerdo y mas urgente seria prevenirlo!

Cuanto mas se tarda en resolver el problema más se complica.

Italia misma ha sentado el principio de una inteligencia diplomática, con las potencias que tienen súbditos católicos; recuérdenselo las potencias, por si lo ha olvidado, pues que el interés universal estriba en eso.

Esa podria ser la solucion si prevalecieran por fin los consejos de la prudencia, si Europa é Italia supieran ser previsoras.

De todos modos, tenemos fe en lo porvenir. El triunfo pacifico de la Iglesia vendrá; tal es nuestra firme esperanza. ¿Pero cuándo? ¿Como? ¿Cuántas desgracias sobrevendrán ántes? Sólo Dios lo sabe.

Pedimos, por lo mismo, á la buena voluntad de los hombres que secunden en esto á la Providencia, porque, de lo contrario la Providencia *fará da sé*. Ella es quien pronunciará la última palabra.

Poco tiempo ha invocaba un diputado italiano desde la tribuna la *justicia eterna* y esta invocacion no fué bien acogida. Pero no importa; la *justicia eterna* existe, y un dia ú otro dia se dejará ver.

Hé ahí por lo que yo espero, y quiero esperar contra toda esperanza.

Tales son, señor ministro, las reflexiones que he creído deber exponeros. Ya lo veis, como lo dije al empezar, no apelo á la guerra. No; me dirijo á la sabiduria política, al patriotismo y, en fin, á las conciencias de las personas honradas.

Permitidme añadir que me dirijo tambien, señor ministro, á vuestros sentimientos personales: acordaos de ese venerable Pontífice, de quien habeis sido ministro, que depositó en vos su confianza, cuya augusta ancianidad ha querido la Providencia conducir por entre tantas amarguras, para proporcionar al mundo el espectáculo prolongado de la resignacion mas magnánima en la desgracia; y tambien para dejar siempre abierta una puerta al arrepentimiento y á la esperanza.

Dignaos aceptar, señor ministro, el homenaje de todos mis sentimientos.

FÉLIX, *Obispo de Orleans.*

Menthon-Saint-Bernard (Alta Saboya)
25 de Agosto de 1874.

BREVE DE SU SANTIDAD.

El Papa ha dirigido un breve á monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, con motivo de la carta de este insigne prela-

do al ministro italiano Minghetti, de que tienen conocimiento nuestros lectores.

Hé aqui el documento:

PIO PONTÍFICE,

Venerable hermano, salud y bendicion apostólica: Aunque la imprudencia inaudita con que los compromisos más sagrados son violados todos los dias con mayor audacia por los hombres que gobiernan a Italia haya levantado aqui y alli la desaprobacion y las quejas de todas las personas honradas, y á veces las de los mismos periódicos que se muestran hostiles á la religion, sin embargo, venerable hermano, Nos pensamos que habeis hecho la obra más oportuna y mas útil descorriendo el velo á toda la serie de solemnes promesas hechas por los mismos hombres, para engañar al pueblo y contener la indignacion de las potencias, oponiéndoles los hechos que demuestran la violacion flagrante de las tales promesas.

Sin duda, como vos lo habeis dicho bien, no será eso lo que contenga la audacia de esos hombres sin fé, y saque de su adormecimiento á los que, dejando que se realicen impunemente esas iniquidades, ellos mismos se preparan su pérdida; no obstante, reunidos, ordenados, comparados como lo son unos y otros en vuestro escrito, es imposible que los hechos no impresionen á los que os lean y no os susciten en ellos, sino han perdido todo sentido moral, la execracion de tanta ignominia y tanta audacia.

Os felicitamos, pues, por haber empleado las dotes brillantes que Dios os ha concedido, de talento, de actividad laboriosa y de elocuencia, en arrancar de la frente de esos hombres la máscara de

legalidad con que se esfuerzan en cubrirse siempre que traman alguna nueva injusticia, alguna nueva iniquidad.

En efecto, no es causar una herida ligera al mal el presentarlo desnudo á la luz en toda su ignominia.

Suceda lo que suceda, indudablemente vuestro escrito, confortando á las personas honradas, es propio para abrir los ojos á muchos de los que se han engañado, y tal vez para producir una vergüenza saludable en mas de uno de nuestros enemigos, como para apartarlos del camino errado en que se han metido.

Pedimos con instancia á Dios que vuestro escrito obtenga ese resultado; y, como prenda del favor celestial y de nuestro particular afecto, os damos, del fondo de nuestro corazon, venerable hermano, á vos y á vuestra diócesis, nuestra bendición apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el 19 de Octubre de 1874, de nuestro Pontificado el vigésimonono.

Pío IX, Papa.

MOVIMIENTO CATÓLICO.

BELGICA.

La fundacion del círculo católico de Bruselas.

Los católicos de Bruselas acaban de fundar con el nombre de Círculo una sociedad para la defensa y propagacion de los buenos principios religiosos y políticos. El 15 de Octubre, dia de Santa Te-

resa, se han aprobado definitivamente sus estatutos en una numerosísima reunion de mas de cuatrocientas personas, donde estaban representadas todas las clases de la sociedad, determinándose que la inauguracion solemne se verifique el 11 del actual, fiesta de San Martin de Tours. Una comision de trece miembros, nombrada en 4 de Agosto último, se ha ocupado en los trabajos preparatorios para constituir el Círculo; tales como la eleccion del local y la redaccion de los estatutos. La reunion del 15 de Octubre ha tenido lugar en el edificio de la Nueva Bolsa. En esta asamblea se ha elegido un consejo de administracion que debe cesar en fin de Enero próximo, para ceder su puesto al comité definitivo, cuya eleccion ha de verificarse á principios del siguiente mes.

Entre los vocales nombrados figuran el eminente jurisconsulto Beckers, presidente del Círculo; el teniente general Capiaumont, los diputados Delmer y de Grand-Ry, los condes de Meens y de Robiano, el senador Scheur, el conde de Villermont, presidente de las Asociaciones católicas de Bélgica, el vizconde Vilain XIV, etc.

De esta suerte los círculos católicos de Bélgica, tan importantes para el desarrollo de la vida y del movimiento católico, tendrán su centro en la capital. No obstante la mala fama del pueblo de Bruselas, á quien se considera frívolo y hostil ó indiferente en su mayoría hácia la religion, abundan en él los católicos fervientes y dotados de profundo sentido religioso.

La fundacion del Círculo de Bruselas es en especial de la mayor importancia

para los católicos de la provincia, que en todo tiempo y en multitud de circunstancias han menester de quien represente en la capital los intereses religiosos; pues como es sabido, Bruselas ha estado mucho tiempo bajo la dominación omnipotente de las lóginas masónicas, que aun conservan en ella una influencia considerable.

VARIEDADES.

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA.

(CONTINUACION.)

Si; David oyó ya tu juramento:
«Contra Mi Santa Esposa inmaculada,
De quien es pedestal el Firmamento,
No prevalecerá cetro ni espada.»

Como tu amor de Esposo, vive eterno.
El brillo de sus túnicas nupciales.
No prevaldrán las puertas del Averno
Contra sus resplandores celestiales,

De Adán culpable la manchada esposa
La vió entre sombras, y besó su huella:
Del padre Abram la estirpe dolorosa
Largas edades suspiró por ella.

Cercada de Querubes, Isaías
La vió en los brazos de su Esposo amante;
Cantor de sus dolores, Jeremías
La vió en los muros de Salem triunfante.

Las puertas de su alcázar olorosas
Guarda el coro de Virgenes sagradas:
De su fecundo tálamo las rosas,
Con sangre están de mártires regadas.

Sangre de redención, vedla brotando
Del Calvario en las célicas alturas,

Cuál corre su ancho cauce, fecundando
Del mar de eternidad las ondas puras,
Ella dió flores á la Scitia helada;
Fecundizó las Líbicas arenas;
Y en las playas del Ática infiltrada,
Purificó sus márgenes amenas.

Diócles, Neron, Calígula, temblando
La sintieron hervir en el Quirino;
Fócio, en ella sus manos empapando,
Miróla hinchar las venas del Euxino.

Del Sur; al Seteutrion, de Oriente á
(Ocaso,

Corrió fecundo su raudal violento
¿Quién podrá poner diques á su paso?
¿Quién torcer de su curso el movimiento?

No hay tregua, no hay piedad: dura,
Milicia de Jesús, es tu batalla: (cruenta,
El mundo de tu sangre se apacienta,
Y él muere si tu voz doliente calla.

Mira, mientras allá en el Polo ingente
Pone el Bárbaro en ti sus crudas manos,
Cuál bulle en los fangales de Occidente
Vil monton de raquiticos Julianos.

Mira la sierpe que abortó Germania,
De la fe y la razón igual mancilla,
Cual te persigue con tenaz insania,
Hasta del Tiber en la santa orilla.

Oyela cómo silba amenazante
En el foro, en el aula, en la tribuna,
Y emponzoña su baba repugnante
Cuanto bien y verdad el orbe aduna.

Mira cual, fascinados á su vista,
Con imbecil tesón pueblos y reyes,
Tornan de Satanás fácil conquista
Las que Dios hizo salvadoras leyes.

Tenaz el mundo contra ti conspira;
Mas tú, entre tanto, fúlgida y serena,
Con fé arrojando de la tierra el ira,
Triunfas muriendo en la sangrienta arena

VI.

Magnificat.

Tú sola llorarás; pero tú sola,
Consolada también, del alta cumbre
Donde Jesús tu Lábaro tremola,
Te anegarás en la infinita lumbre.

Sobre los campos, de tu sangre rojos,
Crecen ya los laureles prometidos:
Días de eterno sol verán tus ojos,
Y oirán eterno ¡Hosanna! tus oídos,

¡Falanjes de Luzbel! las anchas puer-
(tas

Abrid de la mansion de los horrores:
Herid ántes que ya por siempre abiertas
Queden las del Edem de los amores.

También escrito fué. — «Mi alma en-
(grandece

Al Señor, y mi espíritu exaltado,
En el seno de Dios que lo enaltece,
Vive, por su piedad regenerado.

»El me vió humilde en medio de mi
(gloria,

Y me ciñó por premio su armadura:
Angeles y hombres cantan mi victoria
Con himno universal que eterno dura.

«Él es Dios dominador de gentes:
Él solo recto juez de tierra y cielo,
Derribó de su trono á los potentes,
Y á los humildes levantó del suelo.

«De edades en edades, su clemencia,
Igual á su justicia se mensura:
Él convirtió la hartura en indigencia;
Él alegró al hambriento con la hartura.

Él dejó en Israel su Testamento,
Y no mintió. Cuando, de amor exhausto,
El mundo iba á morir. Él en cruento
Leño se dió á Sí mismo en holocausto

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nue-
ve y cuarto misa conventual. Por la
tarde á las cuatro menos cuarto mesada
del Remedio con sermon que predicará
el licenciado D. José Sanchiz, canónigo
doctoral. En Santa María á las nueve
misa mayor. En la Virgen de Gracia
misa de renovacion á las ocho.

Mártres.—En las Agustinas á las ocho
misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas misa de
renovacion á las seis y media y por la
tarde á las cuatro menos cuarto trisa-
gio. En las Agustinas por la tarde á las
cuatro el diez y nueve de San José con
sermon que dirá D. José Carratalá, te-
niente cura de la Colegial.

Sábado.—En la Colegial á las ocho
misa de renovacion.

ADVERTENCIA.

*En vista de la lentitud con que se
vá verificando la renovacion de las sus-
cripciones que terminaron en Diciem-
bre último, y siendo urgentísimos
los pagos que debemos verificar para
el sostenimiento del periódico, supli-
camos á los señores suscritores que se
hallen en descubierto, tengan la bon-
dad de hacer el pago ó renovacion lo
mas pronto posible, sino quieren es-
perimentar retraso en el recibo del
periódico.*

*Rogamos, pues, á los que siguen re-
cibiendo el periódico y no han abona-
do nada á esta Administracion desde
el año 1872, se sirvan cubrir su sus-
cripcion ó devolver el periódico para
no considerarles ya como suscritores,
y de este modo evitar mas gastos á la
misma.*